



Clementina Díaz y de Ovando

“Rostro y corazón de Miguel”

p. 15-24

*In Ihiyo, in Itlahtol. Su aliento, su palabra.
Homenaje a Miguel León-Portilla*

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

El Colegio Nacional

Instituto Nacional de Antropología e Historia

1997

366 p.

ISBN 968-36-5957-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 16 de abril de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/in_ihiyo/334.html

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



SEMBLANZAS



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



ROSTRO Y CORAZÓN DE MIGUEL

CLEMENTINA DÍAZ Y DE OVANDO

En la ciudad de México, en la entonces todavía hermosa y tranquila colonia de Santa María la Ribera, para mayor precisión en la esquina de las calles de Cedro y Sor Juana Inés de la Cruz, nace el 22 de febrero de 1926, bajo el signo de piscis, Miguel León-Portilla, hijo de Miguel León Ortiz y Luisa Portilla Nájera. Por parte de su madre tiene parentesco ilustre, nada menos que con el iniciador del movimiento modernista en nuestro país: Manuel Gutiérrez Nájera.

Detengámonos en su estrella, pues nos revela su manera de ser. Los piscis son creativos, idealistas, gentiles, de humor travieso, de juicio tan equilibrado y sereno como los de libra; siempre dispuestos a ayudar, generosos, cuentan con una sorprendente capacidad de organización, y prefieren vivir en su propio mundo tranquilo y acuoso, en donde todo es bello y las acciones nobles; también es usual que “se retraigan a las alturas sublimes de una vida profesional”. Además, poseen “la única y peculiar cualidad que tiene origen en el interior de su propio signo, ese extraño poder de salirse de sí mismos y ver el ayer, el hoy y el mañana como una unidad”.

Como se advierte, hay una correspondencia entre el astro de León-Portilla y su sugestiva personalidad.

La infancia de León-Portilla transcurrió en la colonia San Rafael, en aquellas casas entresoladas con sus patios y corredores cargados de plantas y macetas florecidas, de las calles de Manuel María Contreras y Joaquín Velázquez de León. En esta última calle se omite el apellido Cárdenas, ya que debiera decir Joaquín Cárdenas Velázquez de León, pues tal es el nombre del eminentísimo astrónomo y geodesta al que está dedicada, por ser autor, junto con don Juan Lucas de Sassaga, de las Reales Ordenanzas de Minería y creador del Real Seminario de Minería, y no a su descendiente, el distinguido ingeniero Joaquín Velázquez de León, intervencionista y colaborador del Segundo Imperio.

Hasta las calles en donde vivió sus años infantiles parecen marcar el destino de León-Portilla, mexicano excepcional.

León-Portilla fue un niño muy sano — como hasta ahora—. Ojalá que los dioses nahuas a los que tanto venera y a los que ha adornado con el jade precioso de la perennidad, al revelar el discurso de los textos de los

antiguos mexicanos, al preservar y definir en la pluma de quetzal la poesía y el mundo mágico de nuestros ancestros, lo conserven pleno de salud por largos años, para cumplir su deseo, externado no ha mucho, en 1995, de “seguir trabajando —siquiera otra veintena de años— comprometido con las causas que más hondamente conciernen al ser de México y los mexicanos”. Los dioses benévolos, es seguro, permitirán que llegue a ser un venerable *huehue*.

Miguel León-Portilla fue un niño inquieto, inteligentísimo, alegre, de buen carácter, obediente y cariñoso con sus padres, con sus hermanos Jorge y María Luisa. Desde luego, muy estudioso. Le gustaba organizar juegos, funciones de teatro, comprar películas, borrarlas, dibujar monitos, hacer cine para divertir, entretener a sus hermanos. También diseñaba y armaba camioncitos. Una vez construyó una ciudad en pequeño con sus casitas de cemento y le instaló luz.

¿Imaginaría que, a la vuelta del tiempo, en 1974, sería cronista de la “muy noble y leal ciudad de México”?

Adelantando fechas, como esa labor le impedía concentrarse en su trabajo de investigador, renunció en 1975. Sin embargo, en ese breve lapso, con su entusiasmo acostumbrado, promovió, entre otras muchas actividades, conferencias y una colección de indicadores históricos para recordar lo más significativo en puntos claves de nuestra metrópoli. Y aunque ya no es cronista, no ha cejado en su lucha para que en el ahora eje vial Lázaro Cárdenas, como conciencia de la historia, se coloquen placas que registren, en sus antiguos tramos, los tradicionales nombres: Niño Perdido y Santa María la Redonda. Pero hasta ahora ocurre aquello de “clamé al cielo y no me oyó”, pues las autoridades, como es su práctica, no han respondido.

León-Portilla, historiador, lingüista, antropólogo, etnólogo y filósofo es, asimismo, poeta de firme y elevada inspiración. En la poesía *Nuestra casa, la ciudad*, revive y actualiza los grandes tópicos de la poesía náhuatl, en especial la milagrosa fugacidad, el sentido de la vida y la reverencia perenne del cántico. Recojo aquí esta poesía en náhuatl y su versión en Castilla, como dirían los vencidos.

Tochan in Altepetl

Tochan in xochitlah,
tonameyoticac in altepetl,
ye in huecauh Mexihco Tenochtitlan;
cualcan, yeccan,
otechmohualhuiquili Ipalnemohuani,
nican catca totlenyoh, tomahuizouh in tlalticpac.

Tochan pocayauhtlan,
nequimilolli in altepetl,
ye in axcan Mexihco Tenochtitlan;
tlahuelilocatiltic tlacahuacayan.

¿Cuix oc huel tiquehuazqueh nican in cuicatl?
nican otechmohualhuiquili Ipanelmohuani
nican catca totlenyoh, tomahuizouh in tlalticpac.

Nuestra casa, la ciudad

Nuestra casa, recinto de flores,
con rayos de sol la ciudad,
México Tenochtitlan en tiempos antiguos;
lugar bueno, hermoso,
nuestra morada de humanos,
nos trajo aquí el Dador de la vida,
aquí estuvo nuestra fama, nuestra gloria en la tierra.

Nuestra casa, niebla de humo,
ciudad mortaja,
México Tenochtitlan ahora;
enloquecido lugar de ruido,
¿aún podremos elevar un canto?
Nos trajo aquí el Dador de la vida,
aquí estuvo nuestra fama, nuestra gloria en la tierra.

Ya desde sus años infantiles, León-Portilla mostraba que sería infatigable en sus tareas. Siempre estaba inventando cosas, siempre estaba ocupado y entretenido, como hasta hoy día.

A Miguel León-Portilla nunca se le verá ocioso, siempre está escribiendo libros, artículos, prólogos, paleografiando, interpretando códices, haciendo traducciones, preparando ediciones, rindiendo pleitesía a la musa de la historia, de la poesía; recibiendo alumnos, atendiendo consultas, dirigiendo tesis, coordinando la revista *Tlalocan*, coordinando la revista *Estudios de Cultura Náhuatl*, preparando investigadores con los cuales muchas veces trabaja en equipo, dictando conferencias, profesando la cátedra, asistiendo a congresos y simposia en los cuatro puntos cardinales, difundiendo por todos los foros internacionales, principalmente, la literatura indígena prehispánica, la historia del México antiguo.

Cuando trabaja no le place que se lo distraiga y, con una cierta impaciencia no exenta de gracejo, afirma: “esto me perturba, me perturba”.

En la antigua Nueva Galicia, en Guadalajara, Jalisco, León-Portilla cursó el bachillerato en Ciencias Sociales.

En 1951 obtuvo la Maestría en Artes en la Universidad de Loyola, de Los Ángeles, California. Ya en esos años empieza a preocuparse por lo que será su pasión: el fascinante mundo de los nahuas, sin descuidar su interés por la cultura grecorromana, en la cual fortaleció su humanismo.

Para mejor entender el mundo griego, aprendió el idioma —según nos dice el doctor Ángel María Garibay— “leyendo a Homero, a Jenofonte, a Platón, a los trágicos inmortales”.

León-Portilla es un políglota: lee el latín y el griego. Lee, habla y escribe inglés y francés; lee y habla alemán, italiano y portugués, y, con la sabiduría y el amor de un maestro, lee, escribe y habla la ancestral lengua náhuatl.

Causa no poca sorpresa a los hablantes de la lengua náhuatl cuando, en la calle, en la plaza de Coyoacán o en otros lugares, de pronto, Miguel León-Portilla empieza a dirigirse a humildes vendedores con la fluidez de quien es dueño de esa palabra.

Hace ya varios años me contó Miguel una anécdota que quiero recordar aquí. Como en ella habló él en náhuatl con una mujer vendedora de esos papeles de amate con pinturas de brillantes colores, le pedí que me reconstruyera el episodio. He aquí sus palabras:

Estábamos sentados Ascensión, Marisa, todavía muy pequeña, y yo en una playa de Acapulco. De pronto se nos acercó una vendedora de papeles de amate, de los que pintan en Ameyaltepec, Guerrero.

Cuando se dirigió a mí, le dije en náhuatl: ¿Quen timeztica?, —¿Cómo estás?— ¿Quexquich impatio motlapalamatzin? —¿Cuánto valen tus papeles pintados?

Ella se me quedó viendo y respondió: Tinahuatlahto, ¿cuix tinahuatla-catl?, —Hablas náhuatl, ¿eres tal vez nahua? Quemacatzin— Sí, le contesté.

Sorprendida, dirigió entonces su mirada a Ascensión, que lucía en su traje de baño tan bonita como es. Me dijo entonces la vendedora: ¿Aquin in cihuatzin? —¿Quién es esta señora?— A lo que respondió: Nocihuatzin —Mi mujer—.

A punto de que se le cayeran los papeles de amate, la buena señora no encontró otra cosa que decirme sino: Ca ye cenca cualli motech ocatca ompa in Mexihco —Te ha ido muy bien allá en México—.

Huelga añadir que le compré entonces cuatro de esos hermosos papeles, precisamente aquellos que a Ascensión más le gustaron.

Una apostilla. Miguel León-Portilla no es el sabio encerrado en su torre de marfil, sino el que trata y se interesa por el indio de carne y hueso.

Ha viajado por toda la República y desde Alaska hasta Argentina para estar en contacto con los indígenas y poder hacer el planteamiento de sus carencias ante varios organismos internacionales.

Con una gran actividad y empeño, ha participado en la organización de la Casa de Escritores de Lenguas Indígenas. Ha promovido reuniones de hablantes de lengua náhuatl y, últimamente, acaba de participar en el Seminario de Cultura Zapoteca en la Universidad Benito Juárez, de Oaxaca.

Sobrino del arqueólogo y antropólogo Manuel Gamio —padre de la moderna antropología en México, a quien se deben las primeras excavaciones estratigráficas, el descubrimiento del templo de Quetzalcóatl en Teotihuacan y la localización exacta del Templo Mayor en la ciudad de México— León-Portilla, desde el extranjero, mantenía estrecho contacto con su tío. A su regreso a México en 1952 comenzó a colaborar con él en el Instituto Indigenista Interamericano, donde se encargó de fortalecer los

contactos e intercambios con los centros indigenistas nacionales de muchos países de América Latina. Asimismo, durante varios años cuidó la edición de la *Revista América Indígena*, de amplísima circulación en todo el continente.

Gamio instó al joven León-Portilla, que ya se preocupaba por los textos nahuas, para que hablara con el doctor Ángel Ma. Garibay y en 1953 se presentó en la casa de éste, por el rumbo de la Villa de Guadalupe.

En la respuesta que en 1962 el sabio Garibay dio a los *Maestros prehispánicos de la palabra*, discurso de León-Portilla al ingresar a la Academia Mexicana de la Lengua, recordó cómo conoció al que sería su más aventajado discípulo y sucesor más conspicuo:

Quando, enviado por la Universidad —cuenta Garibay— se me presentó a preguntar si me hallaba en disposición de dirigir su tesis sobre la filosofía náhuatl con que tenía la pretensión de hacer el doctorado, yo le hice esta pregunta: “Conoce usted la lengua mexicana de los antiguos?” No, fue la respuesta.

Amigo mío —le dije—, bien me sé que hay quien habla de la filosofía platónica, sin saber dos palabras del griego, y de la filosofía kantiana, sin conocer el alemán. Pero la seriedad de un doctorado pide algo muy distinto. Tiene usted que saber náhuatl. De otra manera, o niega lo que no conoce, o hará una preciosa novela de fantasías, como hacen muchos más, a base de datos incoherentes y vagos.

Convino en que era necesario conocer, y con suficiente profundidad, la lengua y los documentos sin número que la diligencia de los primeros civilizadores nos acumuló. Lo hizo en menos de seis meses...

Hasta llegar —sigue diciendo Garibay— a conocerla profundamente para ver y atisbar en su hondura los conceptos del mundo y los problemas del hombre en un conato de explicación. No es otra cosa la filosofía.

Y una vez conocedor del náhuatl, presentó en agosto de 1956 su tesis doctoral: *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, acreedora en el examen a *Summa cum laude*.

La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes, extraordinaria, novedosa y desafiante tesis, fue publicada por la Universidad Nacional Autónoma de México en 1959 y, en ediciones revisadas y ampliadas, en 1966, 1979, 1982, 1986 y 1993. Ha sido divulgada en ruso por la Academia de Ciencias de la URSS (1961), en inglés por la Oklahoma University Press (1963, 1970, 1971, 1975, 1978, 1980 y 1985). Hay también ediciones en alemán (Colonia, 1979) y en francés (París, 1982).

El 1° de marzo de 1957 Miguel León-Portilla se incorporó como investigador al Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, el cual será, de por vida, su casa.

Iría, invitado por las más famosas universidades e instituciones del extranjero, a dictar cátedras y conferencias, a fungir como secretario general del XXV Congreso Internacional de Americanistas, a desempeñar-

se, honrando a México, como embajador ante la UNESCO. Irá también a recibir doctorados *honoris causa* y otras distinciones, siempre colmado de preseas —que se añan a las recibidas en su patria—, y regresará presuroso a su tierra mexicana, a su Universidad.

Al recibir la medalla “Belisario Domínguez”, otorgada por el Senado de la República el 7 de octubre de 1995, hizo patente su devoción a la Universidad. No puedo menos que citar aquí su orgullosa declaración de fe universitaria e, igualmente, como universitario, su compromiso con México.

Me alegra constatar que el Senado que me otorga esta distinción es hoy pluripartidista y que los miembros de los varios partidos votaron unánimemente al tomar esta decisión. Por mi parte quiero manifestar que con plena conciencia de mis obligaciones y derechos de ciudadano, he comprometido mi vida con otra institución. A lo largo de cerca de cuarenta años he estado al servicio de la Universidad Nacional Autónoma de México. Ella ha sido mi partido. En ella estudié y en ella he sido y sigo siendo maestro e investigador. Fui por doce años director de uno de sus institutos y asimismo, durante otros once, miembro de ese cuerpo colegiado que tantas veces ha contribuido a salvaguardar su integridad; me refiero a su Junta de Gobierno. Como universitario he estado comprometido y ahora refrendo mi compromiso con México, su historia, su cultura, su ser social y, en suma, su realidad plena.¹

Regreso a 1957, año en el cual, junto con Ángel María Garibay, da inicio a las actividades del Seminario de Cultura Náhuatl, adscrito a la Facultad de Filosofía y Letras, en donde se han formado y continúan formándose investigadores mexicanos y extranjeros. El Seminario, dirigido en la actualidad por Miguel León-Portilla. “representa de hecho una sólida rampa de propulsión vocacional para los nuevos valores de la investigación en el campo prehispánico”.

El Instituto de Investigaciones Históricas publica en 1958 su obra *Ritos, sacerdotes y atavíos de los dioses* (edición bilingüe náhuatl-castellano).

En 1959 aparece su libro más leído, divulgado y alabado: *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la conquista*, obra reeditada una y otra vez por nuestra máxima casa de estudios, y traducida al italiano, inglés, alemán, francés, polaco, sueco, hebreo, húngaro, japonés, catalán, portugués y serbocroata.

Este libro, admirable por muchos conceptos, como su nombre lo indica es —nos aclara en su texto León-Portilla— el testimonio de lo que vieron, pensaron y sintieron los vencidos.

Y en la *Visión de los vencidos*, encontramos expresada en poética voz una de las preocupaciones del historiador León-Portilla: aquella que nos

¹ Miguel León-Portilla. *México: de su historia, penurias y esperanzas*, México, El Colegio Nacional, 1995, p. 9-10.

enseña a aceptar en idéntico plano de igualdad la cultura indígena y la hispánica, pues solamente sustentados en nuestras raíces alcanzaremos la auténtica razón de nuestro ser histórico, nuestro rostro y corazón de mexicanos, y esta aceptación, advierte León-Portilla, nos conduce a la universalidad.

A la *Visión de los vencidos* han seguido muchos libros, prólogos, incontables artículos de este trabajador incansable, cuya magna obra en este homenaje será analizada, valorada y ponderada por especialistas del más alto nivel académico.

El 27 de julio de 1962, León-Portilla es recibido como académico de número en la Academia Mexicana.

1964 fue un año de gran felicidad para nuestro homenajeado. En el Congreso Internacional de Americanistas que se inauguró en Barcelona, España, conoció a la licenciada —hoy doctora por la Universidad Complutense de Madrid (1986)— Ascensión Hernández. El 2 de mayo de 1965 se casaron en el Real Monasterio de Guadalupe de Extremadura, en cuya sacristía se admiran algunos de los más espléndidos cuadros de Zurbarán.

Chonita no sólo es una linda mujer, sino también muy talentosa, y no tardó mucho en hacerse querer de todos los amigos y compañeros de su marido. Tiene un gran sentido del humor y es también muy cariñosa. Ella se interesó de inmediato por la cultura náhuatl y por la historia de su nueva patria. Desde 1975 trabaja en el Instituto de Investigaciones Filológicas de nuestra Alma Mater. Hoy día es investigadora titular de tiempo completo. Ha sido también investigadora visitante en la Universidad de Texas en Austin y en el Institut Pluridisciplinaire pour Études sur l'Amérique, en Toulouse, durante varias temporadas.

Ascensión León-Portilla está dedicada a la historiografía de la lingüística y a la filología de las lenguas mesoamericanas, en especial de la lengua náhuatl, y también al estudio de la huella que han dejado los españoles llegados a México a consecuencia de la guerra civil. Ha publicado varios libros y un buen número de artículos sobre el exilio español en México y sobre la historiografía y filología de las lenguas mesoamericanas. He aquí un par de títulos de sus libros más representativos: *España desde México. Vida y testimonio de transterrados* (México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 1978) y *Tepuztlahcuilolli. Impresos en náhuatl. Historia y bibliografía* (México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas e Instituto de Investigaciones Históricas, 1989, 2 v.). Desde hace dieciséis años, Ascensión tiene a su cargo una sección bibliográfica en *Estudios de Cultura Náhuatl*, en la cual comenta los últimos títulos que versan sobre lengua y literaturas nahuas. En la actualidad prepara un CD ROM con un “Estudio introductorio” acerca de treinta y cinco impresos novohispanos en lengua mexicana.

Miguel León-Portilla no podía haber encontrado mejor compañera, más inteligente, y más interesada en los temas de su especialidad que Ascensión Hernández.

Retorno a Miguel León-Portilla. No puedo dejar sin mencionar su presencia como director del Instituto de Investigaciones Históricas. A lo largo de sus doce años en esa función desarrolló una gran labor, le dio un sesgo más enérgico, redistribuyó a su personal académico y las áreas de investigación; creó, además, los órganos periódicos de difusión del Instituto: *Estudios de Cultura Náhuatl*, *Estudios de Historia Novohispana*, y *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea*. Fortaleció e incrementó las series y puso especial empeño en la superación académica.

El 9 de junio de 1970 León-Portilla lee su discurso como académico de número en la Academia Mexicana de la Historia, correspondiente de la Real de Madrid. Hoy día es su director.

Muerto su maestro, el doctor Ángel María Garibay, es designado miembro de El Colegio Nacional. A nadie más que a León-Portilla correspondía ocupar ese sitio, pues, como aseveraba Agustín Yáñez, “alumno y heredero, continuador de Ángel María Garibay, en el designio de comprender formas y estilos diametrales de continentes hermanos, ha sabido cumplir el encargo de albacea testamentario, y acrecentarlo con caudales de fe, amor, sabiduría y esperanza.

El 23 de marzo de 1971, en una solemne ceremonia a la que asistió el entonces presidente de la República, Luis Echeverría Álvarez, fue recibido León-Portilla como miembro de El Colegio Nacional. La respuesta a su magistral discurso titulado *La historia y los historiadores en el México antiguo* estuvo a cargo de Agustín Yáñez, quien, entre otros muchos y apretados conceptos, expresó éstos:

Mas a nuestro parecer, la eminencia de quien hoy accede a la cátedra de El Colegio Nacional radica en lúcido afán de investigación y en generosa resolución ejecutiva de alentar, formar, enseñar, lanzar vocaciones a los océanos, a los desiertos por él explorados. Virtudes teologales y cardinales lo amparan... Emulación a las nuevas generaciones —vocaciones—, insistimos en ponderar el ejemplo del doctor León-Portilla: su preparación remota: lingüista, filósofo —Filosofía es filología, en el apotegma de Juan Bautista Vico—, donde fertiliza la opulenta cosecha de historiador, de humanista, no conseguida como tarea de farragosa erudición sino como actividad ingente, como amenidad excitante hacia urgencias presentes y futuras, conforme a la palabra-recuerdo: aportación substancial a la historiografía y a la historia de las ideas.

Para tan eminente mexicano, la flor y el canto, merecidos por su perseverancia, su lucidez y su obra.

El Consejo Universitario, en su sesión del 10 de marzo de 1976, lo nombró miembro de la Junta de Gobierno y durante once años desempeñó este cargo de tanta responsabilidad, puesto que la Junta debe nombrar directores de facultades, institutos y escuelas, así como al rector, y estar atenta a resolver conflictos entre autoridades universitarias. En las sesiones de la Junta de Gobierno hacía anotaciones para precisar sus opiniones y, por la sensatez y el conocimiento de la Universidad, sus palabras siempre

se tomaron en cuenta, siempre influyeron en las más graves decisiones tomadas por aquel organismo.

Humanista tan señalado, como León-Portilla, cuya vida entera ha estado consagrada a preservar contra viento y marea “las culturas precolumbinas de una destrucción que despojaría a la humanidad de su memoria y de sus muertos”, lógicamente pertenece a las más importantes instituciones, sociedades y academias del país y del extranjero.

Es inagotable la lista de premios, doctorados *honoris causa*, medallas y otros galardones otorgados a su fructífera labor profesional. Siendo imposible enumerar la cantidad de premios que ha recibido León-Portilla, sólo mencionaré los de su Casa de Estudios: Investigador Emérito (1988) y Premio Universidad Nacional Autónoma de México (1995).

Quien sólo conozca a Miguel León-Portilla a través de su imponente obra puede imaginarlo vanidoso, arrogante, serio, solemne; pero nada de eso resulta cierto, pues nadie es más modesto, sencillo, de afable trato, jacarandoso, vivaz, comunicativo y gustador de la vida, ni más alegre y divertido en una fiesta o en una reunión, que él.

Parodiando a Jorge Manrique en sus *Coplas*, diré que es “amigo de sus amigos”, aunque no “enemigo de sus enemigos”, pues desconoce el rencor.

En su discurso a la Academia de la Lengua, León-Portilla citó al poeta náhuatl que “supo vivir la amistad y comprender el valor de toda expresión humana”, y como aquel nuestro viejo ancestro, León-Portilla sabe —insisto— ser amigo cabal. Entre sus virtudes resalta la de dador de calidad humana, ese don que engrandece a quien lo otorga.

Quisiera en esta ocasión repetir la sentencia poética náhuatl que para León-Portilla es alegría de práctica cotidiana:

¡Exista la amistad!
Es tiempo de conocer nuestros rostros.
Tan sólo con flores
se elevará nuestro canto.

Uno de los grandes descubrimientos arqueológicos de nuestros días es el del Templo Mayor, hallazgo sobre el que León-Portilla nos ha ilustrado en conferencias que suscitan una asistencia tumultuaria. El libro *El Templo Mayor de Tenochtitlan*, de reciente aparición, se enriquece con el trabajo de León-Portilla relacionado con las fuentes históricas.

Nada es ajeno a la inquietud intelectual de Miguel León-Portilla, ni el bien, ni el mal. Por un lado, se interesa vehementemente por la historia de la California Alta y Baja, en los temas de nuestro devenir histórico y, por otra parte, ha publicado un precioso ensayo con el título *Afrodita y Tlazoltéotl*,² que encierra la erótica de griegos y nahuas, texto del cual dice el autor:

² *Vuelta*, México, octubre de 1982, núm. 7.

una aventura antes no intentada es ésta de aproximarnos a las discordantes convergencias del amor rico en sexo según floreció entre nahuas y helenos. Y a quien quiera argüirme que ni hubo ni pudo haber erotismo en alma y cuerpo de indios mesoamericanos, respuesta son los ejemplos aquí reunidos. Doy muestra de los originales en griego y en náhuatl con las traducciones que, de una y otra lengua, he preparado empeñándome en ser fiel.

[...] Afrodita y Tlazoltéotl aquí convergen: son ellas *Thea meter*, rostro atrayente de la diosa madre, y *Tonantzin*, madrecita nuestra, que inflama también el deseo de los hombres para luego lavarlos con sus aguas de color verde y de color amarillo.

En “*Afrodita y Tlazoltéotl*, León-Portilla destaca —como afirma— contrastes y semejanzas, traduciendo de una y otra lengua textos en verdad maravillosos que nos hablan del amor, del placer, de la tristeza del bien tan presto llegado como desaparecido.

Miguel León-Portilla ha rescatado para la cultura mexicana —y no es exagerado afirmar que para la universal—, en libros de insospechada belleza mucho del pensamiento de los antiguos sabios nahuas, así como textos sobre religión, mitos, vida familiar y social del México prehispánico, y, también, la creación poética de trece forjadores de cantos cuyos rostros ha podido identificar, para dejar testimonio de uno de los primeros capítulos de la historia de la literatura que ha florecido en nuestra patria.

Debemos estar agradecidos a Miguel León-Portilla por esa sabia y amorosa búsqueda, por esa recuperación de textos primordiales que vienen a ser como la Biblia ancestral de nuestros orígenes indios; como ha aseverado Rosario Castellanos a propósito de Ángel Ma. Garibay y de León-Portilla, “la imagen de México es ahora otra, mucho más rica, plena y verdadera. Es éste un descubrimiento que toca a las raíces más hondas de nuestra cultura patria”. Hay que añadir que, en virtud de la labor del humanista Miguel León-Portilla, esa revelación se torna a la vez universal.

Palabras verdaderas del mundo prehispánico son las que, como un hacedor de cantos del México antiguo, nos entrega León-Portilla. Y, más allá del relámpago fugitivo del tiempo y de la muerte, esas palabras no serían herencia y posesión nuestra si no fuera por el meritorio esfuerzo de ese descubrimiento y ese haberlas repensado ya en nuestra lengua española, obra de Miguel León-Portilla.

Nos habremos ido a su casa,
pero nuestras palabras
vivirán aquí en la tierra.
Iremos dejando nuestra pena: nuestro canto.
Por eso será conocido,
resultará verdadero el canto.
Nos habremos ido a su casa,
pero nuestras palabras
vivirán aquí en la tierra.